

Inés Arredondo. 80 años: un *Literal* homenaje

P

ródigo en conmemoraciones por el natalicio de algunos de los escritores mexicanos más relevantes del siglo fue 2008. Si bien Carlos Fuentes acaparó los reflectores por la cantidad, la difusión y el fasto de las celebraciones, los actos en honor de Amparo Dávila, Enriqueta Ochoa e Inés Arredondo, ellas también nacidas en 1928, recordaron a los lectores la trascendencia que la pluma de las mujeres ha tenido en los derroteros de la literatura de nuestro país. Los nombres se multiplican si nos extendemos más allá de nuestras fronteras y tenemos en cuenta los festejos que se dedicaron a los centenarios de Simone de Beauvoir y Claude Lévi-Strauss.

Si bien las ceremonias públicas tienen un eco mediático más o menos instantáneo, hay otras maneras de aplaudir a tales personajes; una de ellas es de orden editorial: reeditar sus obras o relanzarlas, publicar inéditos y antologías, y dedicar números monográficos de publicaciones periódicas, por ejemplo.

Literal, revista trimestral auspiciada por el Instituto Sinaloense de Cultura, dedicó su número 27 a Inés Arredondo, quien convirtió casi en un lugar mítico a Eldorado, la hacienda azucarera en donde pasó largas temporadas durante su infancia, a la manera como lo ha hecho Sergio Pitol con otro ingenio, éste veracruzano, El Potrero.

Integrante de la Generación de Medio Siglo, Arredondo es la única mujer (algunos historiadores literarios también incluyen a Elena Poniatowska y a Julieta Campos) de uno de los grupos más influyentes en la cultura mexicana del siglo XX. No obstante, sus escritos son casi desconocidos si los comparamos con el reconocimiento que tienen los de José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, el mencionado Pitol, Juan García Ponce y Jorge

Ibargüengoitia. A ello tal vez coadyuvieron factores como la sordidez de los mundos creados por la sinaloense, sus temas y géneros poco apreciados por el canon y la reclusión en que vivió sus últimas décadas. Hoy, sin embargo, los conocedores coinciden en la valía de su breve obra narrativa y en el sitio que le corresponde a Arredondo junto a otras escritoras que también recrearon universos inquietantes y siniestros, como Amparo Dávila y Guadalupe Dueñas.

Por otro lado, la tradición de las revistas literarias en México es bien conocida: *Revista Azul*, *Revista Moderna*, *Revista Moderna de México*, *Savia Moderna*, *Contemporáneos*, *Taller*, *Tierra Nueva*, *Ábside*, *El hijo pródigo* son sólo algunos de los títulos publicados desde las postrimerías del siglo XIX. Su relevancia da cuenta del papel que han desempeñado en la historia de las rupturas y las continuidades de nuestras letras. Gracias a este tipo de publicaciones periódicas podemos reconstruir periodos, detectar influencias, identificar los tópicos en debate, percibir los gustos

tanto como las antipatías del momento. Una revista, considerada como un todo, bien puede ser leída como un texto cultural y, en este sentido, la que motiva estas líneas revela aspectos de gran interés.

Un número monográfico indica el peso que se concede al tema seleccionado. En este caso, al sujeto homenajeado. En las palabras de apertura, *Literal* expresa su deseo de abonar a la deuda contraída con Inés Arredondo: aunque reconocida en vida de manera limitada, más o menos autora de culto, homenajeada sólo en la medida del avance de su penosa e inexorable enfermedad, existe aún la sensación de que sus textos no han encontrado el número de lectores que merecen ni han traspasado los muros de las aulas o las tertulias de los especialistas. Por medio de una publicación oficial, la del máximo organismo cultural de Sinaloa, la tierra en que nació admite así la necesidad de la insistencia, lo imperioso del recuerdo empecinado, la fijación de un nombre y una



obra imposibles de relegar al olvido. Para ello se optó por un diseño ágil en gran parte del número, extremadamente atractivo en su presentación debido a los numerosos gráficos incluidos.

La profusión de imágenes de Arredondo y su mundo personal es un acierto, aunque no haya pies de foto como tales y las descripciones no se encuentran a un primer golpe de vista. El bajo perfil público que decidió guardar, a pesar de estar relacionada con el “todo México” artístico de los años sesenta, y el hermetismo sobre sí misma, alentado por los extensos lapsos en que estuvo aquejada por dolencias emocionales y fisiológicas, han hecho de la vida y obra de Arredondo una historia poco explorada.

Literal propicia el encuentro con una niña regordeta, en la que no se escatimaban gastos para llevarla al estudio fotográfico, vestida con finas telas, bordados, encajes y sombreros coquetos *ad hoc* según las imágenes en que aparece con su abuelo materno, su madre Inés, su padre Mario, sus hermanos Francisco y Rosa.

El recorrido fotográfico habla por sí solo: la joven hermosa, cuyo principal atractivo son su mirada retadora y su pose siempre desafiante, hace un contacto visual directo, que no perderá ni siquiera en la época temprana, cuando dimensiona sus problemas económicos, afectivos y de salud como obstáculos insuperables. Nada de esto demerita sus escritos o tal vez por las mismas circunstancias, su obra literaria va ganando en intensidad. La provocación se advierte en los ojos de la joven que abandona la provincia para estudiar filosofía; que deja la filosofía para internarse en el mundo de las letras; que prácticamente se desentiende de la academia para adentrarse en el universo de la ficción y, dentro de éste, construye un microcosmos trasgresor, sombrío y marcado por lo prohibido.

Una de las fotografías de la portada ilustra lo anterior: Arredondo, veinteañera, manos en la cintura, enfundada en una casaca oscura y condecorada, con lentes de aviador. La actitud y la vestimenta hablan de una joven que ya intuye el significado de romper con las convenciones en todos los niveles: ataviarse como varón, pasear de la mano de su novio, piloto él, y decidida a volar, se marcha del mundo protector de la infancia y la adolescencia para enfrentarse con la inmensidad de la ciudad capital.



Inés Arredondo (© Rogelio Cuéllar).

Este número de *Literal* también subraya el peso de la academia y su función legitimadora en el ámbito artístico. Conscientes de la importancia del tema, los críticos invitados dan un panorama heterogéneo; espejo de la riqueza y la profundidad de la narrativa de la sinaloense. Ellos son Claudia Albarrán, Luz Elena Zamudio, Martha Piña, Víctor Luna, Dina Grijalva, Maritza M. Buendía, Rocío Romero, Jorge Luis Herrera y Élmer Mendoza.

En los artículos se entrecruzan el esbozo biográfico con los tópicos de la infancia, Eldorado, el deseo, el erotismo. Aun cuando los autores mencionan los tres libros de cuentos de Arredondo y se evidencian las cuidadosas lecturas que de ellos han hecho por las alusiones o recursos intertextuales, *Río subterráneo* (1979) sigue siendo el más buscado por los exégetas; en cambio, *Los espejos* (1988) es el menos solicitado.

Tanto las temáticas como la inclinación por un título se avienen a lo que acontece, en general, con el comportamiento de la crítica en relación con la obra de Arredondo. Sus dos cuentos infantiles, su último libro,

Los espejos, su efímero paso por la televisión mexicana en las series producidas por Ernesto Alonso, la adaptación de sus cuentos "La sunamita" y "Mariana", a mediados de los años sesenta, al lado de su entrañable amigo Juan García Ponce, son sólo algunas de las vetas que esperan ser exploradas en futuras publicaciones con el mismo interés con que han sido abordados los asuntos y los textos mencionados en ésta.

Son otro acierto la notoriedad de Élmer Mendoza, que le confiere un especial atractivo a las palabras sobre su coterránea, y la reseña dedicada a *Luna menguante. Vida y obra de Inés Arredondo*, de Claudia Albarrán, quien precisamente abre el número de la revista con las inteligentes palabras leídas en el homenaje nacional a la autora.

Pero es necesario referirse también a un importante libro que ha atenuado el vacío crítico sobre Arredondo imperante hasta fines de los años ochenta. Me refiero a *Lo monstruoso es habitar en otro. Encuentros con Inés Arredondo* (2005), coordinado por Luz Elena Zamudio. Varios de los textos de este volumen son citados en los artículos publicados en *Literal* y se da fe de los mismos en "Buró", sección que resulta una lúcida idea para cerrar el número, pues el especialista, el interesado, el lector que haya quedado atrapado por las consideraciones sobre la imprescindible obra de Arredondo encuentra pistas para lecturas posteriores.

Hay que felicitar a los responsables de esta publicación por varios motivos. Sólo me detendré en uno: el profesionalismo con que esta empresa se ha llevado a cabo. Es un homenaje en letra impresa, convertido desde ahora en número de colección. **CC**

